

recho que los hombres para usar de la verdad lícitamente, y la misma Carlota lo da á entender cuando dice que *no hay para qué disimular los afectos cuando son inocentes*, en lo que explica más de lo que parece. Finalmente, veremos en qué paran estas nuevas aventuras en que se ha metido nuestro amigo Labin.

Este, concluida la conversación, se retiró para su casa, y entregó á Jacobo el papel de su querida. Lo leyó cinco ó seis veces, y no cabía en sí de gusto al saber que contaba con el corazón de Carlota.—Ahora sí, decía á Labin: ahora si me tengo por el más feliz de los mortales con la posesión de mi Carlota. Sí, México es ya mi patria. No tengo en Washington ninguna cosa que me arrastre: mis padres han fallecido, mi hermana es rica, no necesita de mis auxilios para nada: la mayor parte de mis intereses están en mi poder, y para recoger los que allá quedan, tengo buenos amigos de quienes valerme; pero aun cuando tuviera en el Norte padres, deudos ó intereres, todo lo abandonaría, porque todo se debe abandonar por Carlota.

—¿Pero de qué manera piensas vencer los dos inconvenientes que ella dice? le preguntó el señor Labin, y Jacobo sin detenerse respondió:—Por lo que toca á la religión, estoy resuelto á abrazar la católica. Este debe ser el primer paso, y por lo que respecta á persuadir á su padre para que le conceda su permiso, creo que no habrá dificultad, pues yo no carezco de bienes suficientes para sostenerla con decencia, y tú y el amigo coronel tienen, á lo que entiendo, mucho influjo sobre el caballero Tadeo, y no dudo que ambos haréis por mí cuanto os sea dable.

—Puedes estar seguro, le dijo el señor Labin, de que el coronel y yo te serviremos en cuanto esté de nuestra parte, pero en confianza de la amistad debo advertirte: que examines bien tu corazón, mira que las pasiones aun las más puras, cuando son vehementes, nos ofuscan, y no nos dejan ver lo más cercano. Se

necesita vocación así para entrar en el cristianismo, como para abrazar el matrimonio. Yo te he oído hablar siempre bien de nuestra religión, pero jamás te he observado tan dispuesto como ahora para recibirla, y esto me hace pensar que Carlota ha hecho esta repentina mutación. Si así es, entiende que no se debe seguir á Jesucristo por particulares intereses, sino únicamente convencidos por la pureza de su ley y por la efusión de la fe. Con que si quieres ser cristiano, mira lo que haces, registra tu interior, examina el origen de tu deseo, instrúyete en nuestros principios, y si, después de bien explorada tu intención, resultare que es recta, adopta como la mejor y la más cierta la religión católica.

Advierte también que no es lo mismo desear la posesión de una mujer como mujer hermosa, rica ó preñada, que desearla para esposa, madre de familia y compañera única hasta la muerte. Para lo primero hasta ser hombre, porque todo hombre se inclina á la mujer; pero para lo segundo es necesario ser católico y conocer la virtud y gracias del sacramento del matrimonio.

Aun cuando el casamiento era solamente un contrato natural, desagradaba á Dios tanto que se hiciese únicamente por saciarse con los placeres sensuales, que en las sagradas letras se nos cuenta de aquellos siete maridos que tuvo Sara muertos por el demonio Asmodeo en las mismas noches de las bodas, y temiendo Tobías casarse con ella porque no le sucediera otro tanto, lo animó el angel san Rafael diciéndole: *el demonio solo tiene poder sobre aquellos que se casan sin acordarse de Dios, y únicamente para satisfacer su liviandad, como el caballo y el mulo, que carecen de entendimiento.* (1) Si esto sucedió, según te dije, cuando el matrimonio era un mero contrato natural, ¿qué se de-

[1] *Tobías*, VI, 17.

berá esperar hoy que se halla elevado por Jesucristo á la dignidad de sacramento?

Verdad es que no oímos referir ejemplares tan terribles como el pasado. Se casan muchos, muchísimos, con el mismo fin que los maridos de Sara, y con todo eso no los mata Asmodeo; pero sobre estos casados llueven treinta mil plagas, que son á veces peores que el demonio. La pobreza, los hijos mal criados, las desconfianzas, las riñas, los celos, el despego y el odio son las resultas de un casamiento hecho sin vocación.

El matrimonio, considerado como sacramento de la ley nueva, tiene tres fines que son: propagar la naturaleza, aplacar la concupiscencia y causar gracia unitiva. Del logro de estos fines resultan en el matrimonio tres bienes: el de la prole, el de la fe, y el del sacramento. El primero consiste en tener sucesión, el segundo en la fidelidad y amor que deben tenerse los consortes, y el tercero en que esta unión en paz y en amor sea hasta la muerte.

En inteligencia de esta doctrina, consulta bien tu corazón para que después no te arrepientas cuando pruebes los sinsabores del estado; porque ya sabes que en esta vida miserable no hay uno que no los tenga, y sería un necio el que se representara el matrimonio como un jardín lleno de flores, y sin ningunos abrojos ni malezas. Así lo pinta el amor, visto de lejos; pero luego que entramos en él, advertimos que en el mejor, en el más pacífico y feliz, no faltan algunas espinitas, que aunque no hieren lastiman. Conque, vuelvo á aconsejarte que, antes que te resuelvas, lo pienses bien, con la prudencia propia de tu carácter.

Así desempeñaba el caballero Labin el cargo de amigo verdadero de Welster, y este correspondía, agradeciendo su instrucción, y observando, en cuanto podía, sus consejos.

No dejó de traslucirse en la tertulia de doña Eufrosina la mutua inclinación de los dos nuevos amantes,

y tanto que las amigas de Carlota la llamaban la inglesita, sobrenombre que á ella no le desagradaba.

El señor Labin, ufano con la resolución que tenía su amigo Jacobo de hacerse católico, fué á casa del coronel y la participó muy placentero. Doña Matilde, desconfiando de la verdad de la vocación, le dijo:—Yo me alegraré de que piense el inglés en ser cristiano; pero dudo de que lo quiera ser de veras. Carlotita se puede lisonjear de esta repentina conversión; aunque yo no quiero creerla todavía; antes juzgo que si como ella es cristiana, fuera mora ó judía, Welster se volvería judío ó moro con la misma facilidad que quiere ser cristiano. Es mucha la fuerza del amor.

—Es cierto, le dijo su marido; pero aun cuando Jacobo quiera abrazar la religión católica por interés de Carlota, no es extraño. En verdad que siendo este solo el motivo, no es muy puro; pero la mujer fiel santifica al marido infiel, y muchas veces Dios se ha valido de las mujeres como de medios oportunos para la conversión de los gentiles y aun de reinos enteros. Escribiendo San Pablo á los de Corinto, é instruyendo con doctrinas sagradas la Iglesia de Cristo que comenzaba entonces, y no estaba aún bien enseñada, entre otros preceptos que les dió fué este: si alguna mujer cristiana está casada con varón infiel, no lo deje, ni se aparte de él, porque algunas veces ha sucedido que el marido infiel vino á ser santo por medio de la mujer cristiana. Estas palabras trasladó San Jerónimo á una noble señora romana llamada Leta, mujer de Toxocio hijo de Santa Paula, del cual tenía una hija del propio nombre.

¿Pero para qué hemos de citar casos particulares en prueba de esta verdad, cuando sabemos que las mujeres cristianas, colocadas en los tronos, hicieron cristiana la mayor parte de la Europa, atrayendo al cristianismo á sus maridos? Por medio de ellas recibieron el evangelio la Francia, la Inglaterra, parte de la Ale-

mania, la Baviera, la Hungría, la Bohemia, la Lituania, la Polonia, etc., y también por su medio renunciaron el arrianismo la España y la Lombardía. Con que nada nuevo será que Carlota sea el instrumento de la conversión de Jacobo. ¡Ojalá hubiera mil Carlotas que atrajeran al gremio de la verdadera religión otro tanto número de Welsteres!

—Ya me convenciste, dijo Matilde: pero satisface mi curiosidad que quiere saber como pasó la España del arrianismo á nuestra religión por medio de una mujer, y qué mujer fué esa, pues hasta ahora oigo semejante cosa.

—Te daré gusto, dijo el coronel, ciñéndome á la posible brevedad. Habiéndose hecho dueño de casi toda la España Leovigildo, casó de segundas nupcias con Gosvinta, y estableció á Hermenegildo, su hijo, rey de Sevilla, y dándole por esposa á Ingunda, hija de Sigisberto rey de Austrasia.

Ingunda era católica y su suegra arriana; pero tan apasionada por su secta, que no omitía diligencia para atraer á ella á cuantos podía. Ingunda debía merecer este cuidado á su buena suegra. En efecto, ésta empleó las caricias, las amenazas, la autoridad, el desprecio, los ultrajes, hasta llegar á arrastrarla de los cabellos; pero todo fué en vano, pues la reina cristiana resistió con una inflexible firmeza sus malos tratamientos, y con tan heroica paciencia que todo lo disimuló y ocultó á su marido, sin quejarse jamás, ni faltar al respeto y afabilidad á su cruel enemiga.

Sin embargo, fueron tales los excesos de Gosvinta que llegó á saberlos Hermenegildo, y admirado de la virtud de su esposa, conoció, en el contraste de ambos procederes, la diferencia de las dos religiones, y juzgó que la de Ingunda no podía inspirar tanta virtud sin ser la verdadera.

Con este pensamiento se dirigió á su tío san Leandro Obispo, quien lo instruyó en los misterios de la fe,

y abjuró el arrianismo. Este fué el día de mayor gozo para su virtuosa mujer, que no le duró mucho, pues habiendo sabido Leovigildo la conversión de su hijo, se irritó contra él furiosamente, y procuró reducirlo á su antigua secta á toda costa.

Probó los medios de la dulzura, le salieron vanos, y se valió del poder. Se dirigió á Sevilla, la sitió, la tomó, y cayó Hermenegildo en sus manos.

Fué puesto en una prisión, y cuando Leovigildo se cansó de mortificarlo, le envió á ofrecer su libertad, y restituirlo á su trono como se convirtiera al arrianismo. El santo preso despreció las ofertas con resolución cristiana.

Por segunda vez le envió su padre á su hermano Recaredo, asegurándole que lo admitiría á su gracia con la condición sola de que recibiese la comunión de mano de un sacerdote arriano. Respondió Hermenegildo que la religión católica no permitía estos disimulos en la fe. Esto irritó á Leovigildo tanto que inmediatamente mandó que le cortasen la cabeza en la prisión. Su esposa huyó con su hijo Teodorico al Africa, donde á poco murieron los dos.

Leovigildo después lloró la muerte de su hijo, y su sentimiento se convirtió en un odio mortal contra los católicos. Desterró á los obispos y al mismo san Leandro su cuñado: despojó las iglesias de sus bienes y ornamentos: quitó la vida á los más ricos y poderosos señores, y cometió otras crueldades semejantes.

En el mismo año se enfermó de muerte, y sucedió una cosa rara, estando próximo á ella, y fué que mandó llamar á san Leandro para que instruyese á su hijo Recaredo en los dogmas de la religión católica, y, deseando que su hijo fuera cristiano, él murió hereje, sin querer abrazar una religión cuya verdad conoció á las orillas del sepulcro. En una palabra, la virtud de Ingunda convirtió á Hermenegildo, y la sangre de este mártir se logró en la conversión de su hermano

Recaredo y de toda la nación de los Godos de España.

Esta es en breve la historia, que hace ver cómo una mujer fué el medio de que Dios se valió para que en menos de dos años casi toda la nación Goda abjurase el arrianismo. ¿Por qué no se podrá valer de Carlota para que Jacobo deteste los errores de los anabaptistas que es la secta que profesa, según sabemos por mi amigo Labin?

—Así es, dijo éste, y á más de esa cristiana esperanza, que es la mejor, tenemos otra que se puede llamar política, y consiste en que Welster es muy sensible, tiene talento, ha vivido mucho tiempo entre los católicos, y está más que medianamente instruído en nuestra religión. Yo estoy acabándolo de catequizar, y creo que no me costará mucho trabajo. Él muchas veces ayuda mi discurso con sus sólidas reflexiones. Si ustedes lo oyeran probar la verdad de nuestra santa religión por principios sencillos y evidentes, se complacieran demasiado.

—¡Ay! y como que sí, dijo Matilde: ¿cuándo nos hace V. favor de traerlo para que tengamos ese gusto? —Esta misma noche, dijo el señor Labin.—Pues quedamos en eso: no se olvide.

Aquí acabaron estos señores su conversación, y yo el capítulo.

Capítulo II.

Welster resuelve incorporarse á la iglesia católica: hace un análisis de los fundamentos más sólidos de nuestra religión; recibe el bautismo, y va á la Habana á negocios de comercio.

¿Cómo había de quedar mal el señor Labin? A la noche fué con su camarada Welster, según que lo ofre-

ció, y ambos fueron recibidos de todos los de la casa con general complacencia.

Se les sirvió un refresco que se les había prevenido, y poco después, no pudiendo Matilde resistir más á la curiosidad que la devoraba, dijo: Señor Welster: ya hemos sabido la resolución de V. sobre hacerse cristiano, y nos hemos alegrado mucho, y hemos dicho que semejante resolución prueba bien el talento de V.

—Gracias, señora, contestó Jacobo, por el favorable concepto en que ustedes me tienen; pero mi determinación más es obra del convencimiento de la verdad que del escaso talento mío.

—¿Pues qué, está V. plenamente convencido de la verdad de nuestra religión?—Si no lo estuviera, desde luego no variaría de comunión: no soy tan débil.—No puedo comprender cómo haya sido tan pronto convencimiento.—Oiga V., señora: el largo tiempo que he vivido con los católicos, la íntima amistad que he llevado con algunos de las luces y probidad del caballero esposo de V. y del señor Labin, y la tal cual instrucción que he tenido por los libros que he leído, despertaron días hace en mi corazón unos vehementes deseos de incorporarme en vuestra religión; pero siempre resistí á ellos, haciéndome violencia; porque esperaba volver á mi patria, y no me determinaba á sufrir con constancia los desprecios y aun ultrajes que tendría que experimentar de los míos cuando supieran que había variado de religión; pero ahora que estoy resuelto á domiciliarme para siempre en esta capital, no tengo ya qué temer, y así quiero acallar los incesantes gritos que la verdad me da en el corazón, haciéndome católico con todo gusto, y convencido de la solidez de los principios de vuestra religión.

—V. dispense mi curiosidad, dijo Matilde; pero yo quisiera saber qué principios fundamentales son los que han persuadido á V. esa verdad.—Voy á darle á V. gusto, señorita, dijo Welster, y prosiguió de esta ma-

nera: seis son para mí los principios más fundamentales de vuestra religión, que me han atraído á su gremio, y que me parecen serían bastantes para persuadir á cualquiera que los examinase sin pasión.

Estos son los siguientes: 1. Las revelaciones. 2. La pureza de la moral de Jesucristo. 3. Sus milagros y su resurrección incontestables. 4. El modo con que se estableció la religión. 5. La constancia y la uniformidad de la tradición. 6 y último. La perseverancia y unión de la iglesia católica.

Si atendemos á las revelaciones, se ven exactamente cumplidas en la persona de Jesucristo, habiendo sido escritas en tiempos muy antes de su venida, en diversos lugares, en distintas épocas, y por distintos profetas. De estas revelaciones fueron algunas tan circunstanciadas y prolijas, que más parecen historias de lo pasado que predicciones de lo futuro. Tales son las del santo rey David. Este profeta anunció el nacimiento, la vida, pasión y muerte de Jesucristo con tanta escrupulosidad, que no deja la menor duda en que fué el Mesías prometido por los antiguos padres y profetas.

Si examinamos la moral de Jesucristo, la hallamos pura, opuesta al ímpetu de las pasiones, y la más propia para conseguir aun en esta vida la felicidad á que todo hombre aspira. Esto es, la paz del corazón.

Es cierto que sus reglas son difíciles para el hombre natural ó según sus inclinaciones en el estado natural. Refrenar nuestros apetitos, dar á otros nuestros bienes, perdonar los agravios, y hacer bien á los que nos injurian, son, sin duda, unas leyes muy desconformes con nuestra natural inclinación; pero por eso son tanto más elevadas y heroicas las virtudes que deben resultar de su observancia.

Los milagros de Jesucristo, y su resurrección fueron muy públicos. Sus mismos enemigos, los que lo

aborrecían de muerte, los que lo calumniaron en los tribunales, lo malquistaron con el pueblo y lo hicieron morir en un suplicio, jamás se atrevieron á negar que los hizo. Ellos quisieron deprimir su mérito, fingiendo patrañas y atribuyendo su virtud al poder de Beelzebú ó del Demonio; pero no se atrevieron á negar los hechos; ¿ni cómo podrían, cuando estos fueron tan públicos y repetidos? Todos los milagros del Mesías fueron hechos delante de testigos que á veces se contaron á millares.

Su resurrección tuvo igual carácter de verdad. Predicha por él mismo, cosa que no se atrevió á hacer Mahoma ni el seductor más famoso, se verificó. Sus enemigos lo habían oído muchas veces de su boca y la temieron: por esto tomaron todas las precauciones oportunas. Pusieron guardias que custodiaran el sepulcro: serían escogidas y bien pagadas. Este sepulcro estaba bien cerrado con una losa muy pesada; sin embargo, Jesucristo resucitó dentro del plazo que había prefijado, y sus enemigos, no pudiendo negar la sobrenatural falta del cadáver, dicen que los centinelas se durmieron y que mientras se robaron el cuerpo los discípulos. Mas ¿es posible que todos se durmieron? ¿es creíble que los amigos de Jesucristo rompieran el sepulcro, levantaran la pesada piedra y extrajeran el cuerpo con tanto silencio que no despertó ninguno de los soldados? ¿Acaso estarían ebrios? pero ebrios ó dormidos, ellos no vieron robar el cadáver segun aseguraron, y sin embargo fueron creídos sobre su palabra. Tenían los ojos cerrados y depusieron del robo como testigos de vista. ¡Qué contradicciones tan absurdas!

Si atendemos á la moral de Jesucristo y al modo con que se estableció su religión, nos hemos de confirmar en su verdad. La moral opuesta á las pasiones es desagradable á los hombres: por lo mismo debía de haber sido poco seguida la del Mesías, y mucho me-

nos según el modo de su establecimiento. Este fué más raro y más maravilloso.

Considerémoslo comenzado por Jesucristo y perfeccionado en su virtud por los apóstoles. ¿Quién fué Jesucristo en el mundo? Un hijo de un artesano y de una costurera, (1) nobles en su origen; pero humildes, oscuros y abatidos por su mucha pobreza y ningún nombre. ¿Quiénes fueron los apóstoles sus principales agentes? Unos pobres, idiotas, sin dinero ni representación en la República. Estos establecieron la religión católica ¿y cómo? Jesucristo no prometiéndoles riquezas ni delicias temporales, no ampliando el libertinaje de los hombres, no auxiliado de la fuerza de las armas, no alucinando con fábulas y mentiras á los pueblos idólatras y necios, como lo hizo el impostor Mahoma para establecer su ridículo y absurdo partido; sino predicando humildad, pobreza y mortificación: chocándose contra la opinión común de todo el mundo: solo, sin más auxilio que sus penetrantes palabras, su santo ejemplo y sus muchos milagros.

De manera que como dice un escritor francés: Jesucristo, humanamente hablando, hizo todo lo necesario para no conseguir el establecimiento de la religión. Con todo esto, los hombres lo seguían en turbas, lo confesaron hijo de Dios, y tendían sus capas en Jerusalén cuando lo recibieron con ramos cantándole: *alégrese en las alturas; alégtrate, hijo de David*. ¿Esto no maravilla? ¿no pasma? ¿no prueba hasta la evidencia que este Jesucristo era el Mesías verdadero? ¿Cuál otro de los seductores que ha habido ha establecido su ley tan áspera, tan contradicha por los hombres, tan desagradable á sus pasiones, tan sin humanos auxilios, y milagrosamente acreditada?...

(1) Por tal era tenido de los que ignoraban que Señor San José era su padre estimativo, pues Jesucristo no tuvo padre en cuanto hombre, por haber sido su concepción sin concurso de varón. Esto lo saben los niños de la escuela; mas no es ocioso decirlo aquí. Los libros van á manos de sabios é ignorantes.

Señores, perdonen ustedes que me exalte. Yo me entusiasmo en favor de la religión católica, cuando hablo de ella seriamente, y considero que sus principios son tan evidentes, que me parece que basta el criterio humano para convencernos de su verdad.

—Siga V. señor Jacobo, dijo el coronel pues V. mismo no sabe el gusto que nos da, cuando se explica en una materia que nos debe ser la más interesante.

—Yo agradezco mucho á ustedes su política condescendencia, dijo Welster; pero ciertamente me enajeno cuando considero estas cosas, y ya quisiera hallarme perfectamente instruido en vuestra religión para recibir cuanto antes el bautismo, que es la puerta, según enseña la fe, para entrar al gremio de la iglesia.

Pero ¿cómo no se ha de arrebatar mi espíritu, señores, al considerar lo que me falta que decir? Mientras que Jesucristo, este sagrado Legislador, vivió, pudieron haberse engañado los que lo seguían en fuerza de sus promesas: pudieron haber creído con la esperanza de mejor fortuna; ¿pero qué debían haber hecho cuando lo vieron preso y acusado ante los jueces por hechicero, revolucionario, y traidor contra el César Romano? ¿Qué, cuando lo vieron morir por esta causa en un afrentoso suplicio? La razón natural nos dicta que debían haberse arrepentido de haber seguido su doctrina, y detestado para siempre sus máximas y hasta su nombre. Mucho menos que esto se necesita para que los hombres se abandonen unos á otros. Sólo el ser pobre es una causa muy eficaz para que se desconozcan los parientes. ¿Qué se debía esperar que hicieran los apóstoles con Jesucristo después de verlo muerto afrentosamente en una cruz por su doctrina? A los principios hicieron lo que se debía esperar de cualquier hombre. Huyeron, lo negaron, se escondieron y lo abandonaron, refugiándose con María en un mesón. Y después ¿qué sucedió? Bajó sobre ellos el espíritu de Dios, vieron á Cristo, y predicaron al Me-

sías con la más santa intrepidez. San Pedro, el más cobarde de los apóstoles, pues, espantado por una mujercilla, negó á su maestro, asegurando que ni lo conocía, fué el primero que predicó su doctrina en Jerusalén; pero ¿con qué viveza y con qué espíritu? Sus primeras palabras más parecen reconvenciones de juez que persuasiones de orador; y sin embargo, se convierten millares de enemigos de Jesucristo á Jesucristo mismo en el primer sermón. Esto no es obra de los hombres.

Comenzaron á verse perseguidos los apóstoles por su predicación: fueron aprisionados, fueron entregados á las afrentas y á la muerte, que sufrieron por sostener el crédito de su maestro.

Pero acaso los apóstoles como amigos de Jesucristo le profesaban una muy tierna voluntad, y encaprichados se dejaron matar por su amor. Esto sería una objeción ridícula, pero fuera tal vez suficiente para alucinar á los incautos; mas qué diremos de los demás discípulos, y qué de tantos mártires que, sin haber conocido á Jesucristo, derramaron por él su sangre con tanta libertad que corría por las calles, se enturbiaban con ella los ríos, se cansaban los tiranos de derramarla, y enfadados de tanto confesor de Jesucristo que se ofrecía al martirio, les decían; si tanta gana tenéis de morir, mataos por vuestra mano. ¿Qué diremos de esto repito, sino que es verdadera la fe del Crucificado? Un autor vuestro de gran fama (1) dice que *es preciso creer unos testigos que se dejan degollar*.

Si atendemos á la tradición ¿qué cosa más igual ni más constante? Desde Jesucristo hasta nosotros todos han profesado una misma fe, han creído unas mismas cosas y han ido fundados sobre unos mismos principios. Es increíble que si hubiera habido falsedad en este sistema, no se hubiera descubierto entre tantos

[1] Pascal.

hombres sabios que han predicado la pureza de la religión, como un Pablo tan inmediato á Jesucristo, y como un Agustín, un Jerónimo y otros no muy distantes de la publicación del Evangelio; pero todos inmediatos ó distantes han ido acordes con sus principios.

Por último, yo he leído el Tratado de las variaciones de las iglesias protestantes, sabiamente escrito por el señor Bossuet, y veo en él cómo cada iglesia ó comunidad ha padecido notables alteraciones en sus artículos, en sus dogmas y en sus cultos; cosa que no advierto en la religión de Jesucristo, pues ésta, á pesar de sus muchas y sangrientas persecuciones, ha sido siempre una, santa, católica, apostólica, romana. Una, porque es uno el Dios á quien adora, una la fe que profesa, uno el bautismo, una la cabeza invisible de la iglesia que es Jesucristo, y una su cabeza visible que es el Pontífice de Roma. Santa es, porque es santa su cabeza invisible, santa la fe que profesa, santa su ley, sus misterios y sacramentos, y sólo en ella puede haber santos como los ha habido, los hay y los habrá hasta el fin del mundo. Católica se llama, que es lo mismo que universal, porque en todas las naciones que le abrazan es una misma, sin variación alguna en la fe, en los preceptos, en los sacramentos ni en cosa substancial; y porque ninguno puede salvarse fuera de su gremio. Llámase también apostólica, porque fué fundada por Jesucristo en sus apóstoles, y por último, se dice romana, porque su príncipe visible, que es el Papa, reside en Roma, y por cuanto los católicos son miembros de una iglesia que tiene tan honrosos epítetos, se honran llamándose cristianos, católicos, apostólicos, romanos.

Estos son en breve, señorita, los motivos que yo he tenido para decidirme por la religión de vuestros padres. Decidme si tengo razón ó si he procedido con ligereza.

Doña Matilde enternecida no supo responder; pero

el coronel la desempeñó, abrazando á Jacobo y diciéndole:—V. verdaderamente pertenece á la herencia del Señor: él lo condujo aquí y lo ha hecho radicar por unos caminos imprevistos. Yo me glorío de que ha de ser V. muy buen cristiano, pues se ha explicado más bien como un instruido catequista, que como un neófito. Déle gracias al padre de las luces, pues se las ha querido comunicar tan ampliamente, y apresúrese para recibir el bautismo.

Jacobo correspondió estas afectuosas expresiones, manifestando sus deseos, y el señor Labin dijo que estaba muy próximo á recibirlo, porque apenas le faltaba qué saber, de manera que para el domingo inmediato tenía dispuesta la función que debía de ser en el Sagrario, por ser la parroquia á que correspondía, para lo cual había visto ya al señor arzobispo, y tenía dispuestas todas las cosas, por que Jacobo lo había elegido á él para padrino. Con esto y otras conversaciones se disolvió la tertulia por esta vez.

En la víspera del domingo citado fué el señor Labin á convidar al coronel y su familia para el bautismo. Este caballero aceptó con gusto el convite, y al día siguiente fuimos todos para la iglesia.

El adorno del templo y lo lucido de la concurrencia dieron todo el lleno á la función. Lo augusto de las ceremonias y la modestia del neófito, enterneció á los circunstantes, penetrándose los corazones de amor y respeto hacia nuestra sagrada religión.

Llegó por fin, la hora tan deseada de Jacobo: se hincó junto á la fuente y recibió el sagrado bautismo, que se dignó administrarle el ilustrísimo señor arzobispo de esta diócesis. ¡Feliz acto en que la iglesia católica recibió en su seno á tan buen hijo, regocijándose con este nuevo triunfo de la fe!

Después que recibió el sagrado baño, en el que á petición suya le pusieron por nombre Agustín, se cantó un solemne Te Deum, y se celebró el santo sacrifi-

cio de la misa, en cuyo tiempo recibió el adorable sacramento del altar con la mayor humildad y manifestando la más devota compostura.

Concluida la función religiosa, se desnudó en la sacristía la vestidura blanca, y, habiendo correspondido los abrazos y parabienes que le dieron los convidados, tomaron todos sus coches, y se dirigieron para la casa de doña Eufrosina en donde se había preparado el refresco.

La sala estaba llena de señoras, y ya se deja entender que no faltaría entre ellas Carlotita. Estaba allí en efecto, vestida muy de gala y mas hermosa que nunca. Su regocijo era inexplicable en el instante que vió á Welster: éste tuvo mucho que hacer para disimular su pasión; mas ella no tenía entonces la prudencia necesaria, y mas de dos veces advertí que estaba á pique de declarar su amor, á pesar de la presencia de su padre, cuyo respeto la contenía. Sin embargo, como la alegría era general y la bulla mucha, se ocultaron sus cariñosas imprudencias, á lo menos para los que ignoraban sus amores. Todo aquel día se pasó en pláticas y diversiones agradables, y á la noche se concluyeron con un lucido baile.

Después que se acabó, se retiró don Tadeo con Carlota para su casa, Welster con Labin para la suya, y todos hicieron lo mismo.

Muy contento Welster de verse admitido en el gremio de la iglesia católica, trataba ya de arreglar sus intereses temporales, para lo que le fué necesario ir á la Habana; pero antes tuvo cuidado de asegurarse de la firmeza de Carlota. Hizo mil experiencias que todas correspondieron á sus deseos, y cuando ya no le quedó ninguna duda de que lo amaba muy de veras, le dió por escrito palabra de esponsales, y un rico cintillo de brillantes, en señal de que la cumpliría.

Carlota recibió ambas cosas con el gusto que se deja conocer, y las correspondió de igual manera. Le

dió su palabra firmada de su mano, y un relicario de oro con su retrato, que recibió Welster con la mayor satisfacción.

Llegó por fin el día de la partida, y como doña Eufrosina estaba ya impuesta de los negocios de Carlota, se le facilitó á ésta la ocasión de despedirse en su casa de su amante. Para esto fué á visitarla con Adelaida á la hora en que la había citado Welster; pero no bien se vieron, cuando asomó á sus ojos el sentimiento de sus corazones. Esta visita pareció de duelo. El señor Labin procuró disimularles el martirio, acelerando la despedida. Llegó el momento crítico, y, no pudiendo disimular la vehemencia de su pasión, se abrazaron los dos públicamente, se juraron de nuevo su firmeza, renovando con mil tiernas expresiones las promesas que se tenían hechas por escrito, y se separaron con el dolor que es fácil conocer.

El rato fué de los más tristes que podía experimentar la sensible Carlota. A todos interesa una mujer hermosa y afligida: no fué mucho que doña Eufrosina, Adelaida, y algunas otras visitas de confianza la acompañaran en su llanto.

Luego que se serenaron trató Adelaida de consolar á su hermana, asegurándole que la vuelta de Welster sería pronta, según había ofrecido, y que al instante se casaría y se convertirían aquellas lágrimas en gustos. Carlota algo se consolaba con esto; pero no dejaba de temer la inflexibilidad de su padre tan tenazmente opuesto al matrimonio; á lo que Adelaida le decía: no tengas miedo, hermana: no es tan bravo el león como parece; nuestro papá es de capricho; pero también suele variar de opinión. ¿No te acuerdas cuánto trabajo costó para persuadirlo á que permitiera mi casamiento? El no quería, pero por fin se redujo y consintió; pues lo mismo será contigo. A los principios se opondrá, te reñirá y aun te llenará de amenazas; pero después poco á poco se irá amansando, hasta que con-

sigas tu deseo. Yo misma te prometo ser tu empeño, y te juro que no me saldrán vanos mis esfuerzos.

Con estas expresiones se consoló un poco más Carlota, y se despidió de Eufrosina. ¡Pobrecita! el éxito no correspondió á estas lisonjeras esperanzas, como se verá en el capítulo que sigue.

Capítulo III.

Descubre Adelaida los amores de Carlota á su padre: se indigna éste, y la hace recibir por fuerza el hábito de monja; pasa el año del noviciado y llega Welster la víspera de la profeción.

¡Qué cierto es que el interés es la piedra de toque de la virtud y la amistad! Muchos afectan muy bien la probidad y la amistad más constante: pero apenas media el más ligero choque por causa de intereses, cuando se quita el oro aparente del honor y la constancia, y se descubre el vil metal del vicio y de la falsedad. Esto mismo experimentó Carlota con su hermana.

Un mes hacía que se había embarcado Welster, cuando un día de repente llegó á casa de Carlota una criada con un papelito de su hermana, por el que ésta le pedía prestado el cintillo que le había dado Jacobo.

No era mezquina Carlota: varias cosillas le había dado á su hermana en clase de prestadas, y ni habían vuelto, ni ella se las cobraba nunca; pero no fué tan generosa con el cintillo de su amante. Redondamente se lo negó, diciéndole: que ya sabía que podía mandar en todo cuanto tenía, menos en el cintillo de Welster; porque llegar á nada suyo era llegar á las niñas de sus ojos. Adelaida, como no acostumbrada á semejantes

negativas, se enfureció, y propuso vengarse de su hermana.

Dejó pasar como ocho días, y al cabo de ellos fué á visitarla, y la halló cosiendo con Doña Ana, que era una señora viuda, ya vieja, y tía de las dos, que tenía don Tadeo en su casa para que acompañara á Carlota. Esta Señora quería mucho á su sobrina y era depositaria de sus secretos, motivo porque no receló de ella Adelaida.

Luego que entró abrazó á su hermana con mucho cariño y comenzaron á hablar. Le preguntó que cómo le iba de ausencia, á lo que Carlota contestó con sencillez, que cada día extrañaba más á su Jacobo. Ya te considero, mi alma, cómo estarás, decía la pérfida hermana; y tienes mil razones de estar triste: no es para menos el lance, porque ciertamente que Welster tiene mil prendas: yo no he visto joven más fino ni más amable; sobre que yo no tengo las relaciones que tú con él, y lo quiero tanto que ya no veo las horas de que venga y que se case para poder decirle hermano. Y no, no pienses que estas son poblanadas mías. Mira: aquí te traigo esta purera para que cuando venga se la regales en mi nombre. Ella no tiene nada de particular sino haberla yo hecho con mis manos.

Diciendo esto, le dió una purera de chaquira muy bien hecha, con un letrero que la ceñía por en medio, y decía: Carlota á su amado Welster. Loca de contento quedó la cándida de Carlota con el regalo de su hermana. Le dió las gracias y unas argollas de oro, con lo que quedó la purerita bien pagada.

Preparada la intriga, la consumó Adelaida diciendo: Anda, niña, que me negaras tu cintillo el otro día.—Hermanita, respondió Carlota: no te enojés; pero ya ves que el cintillo...—Sí, sí: tienes razón, Carlota, y si no lo hicieras así, no fueras gente; pero yo no quiero el cintillo mas que para cotejarlo con otro que me venden. Aquí te lo traigo: míralo, y préstame el tuyo á ver si se parecen.

Entonces sacó Carlota el cintillo de uno de los secretos de la almohadilla, donde también estaba la palabra de Welster y algunas cartas. Adelaida lo observó todo, vió el cintillo y se lo volvió diciéndole: ahí puedes guardar la purerita. Carlota recibió el consejo y platicaron de otras cosas. Le sacó á su hermana vino, queso y bizcochos, y dentro de breve rato se despidió.

¿Quién había de esperar de una hermana una villanía; y menos no habiendo dado motivo? Ello es que sucedió, porque es mucha la malicia de los hombres y no se queda atrás la de las mujeres. A los cuatro ó cinco días espío Adelaida la hora en que su hermana salía á misa con la tía doña Ana, y, cuando la vió en la calle, se entró en su casa donde halló al viejo don Tadeo contando dinero. Lo saludó con mucho cariño, le besó la mano, se sentó y comenzó á hacer su negocio de este modo: Papá, ¿qué, está V. haciendo balance para darle su parte á Carlota? ¿Y para qué quiere dinero Carlota? dijo su padre. ¿Cómo para qué? ¿pues no está ya para casarse?—¿Para casarse Carlota?—Sí, señor: ¿ahora está V. en eso? Días hace que está prendada y apalabrada con don Agustín Jacobo Welster, ese inglés que se bautizó el otro día en el sagrario; y que visitaba tanto á Eufrosinita.—Vaya, tú has venido de gorja, decía el viejo: cuándo la pobre de mi hija piensa en eso, y mucho menos con un extranjero á quien apenas habrá visto tres veces?

—Tres veces, dijo Adelaida: trescientas se han visto en cuatro días ó cuatro meses que se conocen... Vaya, no dude V. ni lo quiera alucinar mi hermana. Registre V. su almohadilla y se convencerá de que no vine á engañarlo, sino á descubrirle la verdad; porque V. al fin es mi padre y me duele más que ella. Ya se ve que si V. quiere que se case, que se case enhorabuena. Usted es también su padre, y sabe lo que hace.

—¿Que se case? decía el viejo, echando lumbre por

los ojos: primero la vea yo hecha pedazos. Espérame aquí, voy á sacar su almohadilla. La sacó en efecto, y la traidora hermana puso en sus manos los papeles, el cintillo y la purera. Cuando el viejo vió las cartas y la palabra de Welster, poco faltó para que no se echara por un balcón. Tal estaba de ciego de la cólera.

La pérfida Adelaida lo serenó diciéndole: No es menester, señor, que V. se incomode tanto, ni que lo pague su salud; con modo se harán bien todas las cosas, V. es su padre, y, si no quiere que se case, no se casará aunque el mundo se venga abajo. El caso es que sepa V. sostenerse para que otra vez no le pierda á V. el respeto. Castíguela V. pero sin encolerizarse, y eso que sea el castigo moderado, pues, porque es mi hermana, y es fuerza que me duela. Diciendo esto se despidió.

A poco rato volvió Carlota de misa y la llamó su padre á una pieza retirada de la casa. Cuando entró en ella, cerró la puerta con llave, y le dijo que se sentara. La infeliz Carlota se sentó toda temblando y él dijo: ¿sabes que eres mi hija? ¿sabes lo que me debes? y por último ¿sabes la autoridad que tengo sobre tí?— Sí, señor.—¿Pues cómo tan sin honor, tan sin vergüenza te has atrevido á ofrecerte por mujer á un hombre vil, sin consultar conmigo? ¿No sabes que una hija de familia no debe tener más voluntad que la de su padre, y que no es dueña ni de sus pensamientos? Pues como te has arrojado á amar á ese hombre sin mi licencia, hasta el extremo de recibirle papeles y regalos? Ea, no te pongas descolorida, no tiembles: yo no hablo de memoria: estoy bien informado de tu conducta, y te voy á poner testigos que no te atreverás á desmentir... ¿Conoces esta purera; ves este cintillo; entiendes la letra de estos papeles? Vamos, hija ingrata, indecente, sin vergüenza: ¿no te confundes, convencida de tus criminales procederés? Habla, responde, discúlpate si puedes.

La desdichada Carlota, no pudiendo negar lo que tantos documentos aseguraban, hecha un mar de lágrimas se arrojó á los pies de su padre y le dijo: Es verdad, señor, que he tenido la debilidad de corresponder á los afectos de Welster. Si es delito el amor, yo he amado, lo confieso; pero ahora ya no tengo más remedio que pedirle á V. perdón de mi delito. Sí, amado papá: perdone V. á esta desdichada.

—Está bien, contestó don Tadeo con toda gravedad; pero me has de dar palabra de ser monja y de aborrecer para siempre á ese infame Welster.—¿Qué decís? ¡Ah! señor! respondió Carlota: no merece Welster que le aborrescan. Cuando el rayo se desprende de la nube no hace más estragos que el que hicieron en el corazón de aquel tirano padre, quien arrastrando á la infeliz Carlota y bañándola en sangre á bofetadas, le decía: hija vil, hija ingrata y atrevida: así me faltas al respeto. ¿Aún no estás contenta con proceder mal, sino que en mi propia cara haces alarde de tu inicua liviandad. Yo te pondré en unas recogidas para siempre.

Así que se cansó de golpearla, se paseaba furioso por el cuarto, mientras la triste Carlota permanecía en un rincón hincada de rodillas, lavando la sangre de su rostro con las lágrimas que corrían de sus ojos.

Un espectáculo semejante hubiera enternecido á un tigre pero aquel viejo estaba empedernido. Se paseaba apresuradamente frotando una con otra mano: la boca le temblaba debajo de la barba: sus ojos despedían sobre Carlota unas miradas de fuego, y con un tono de voz de condenado le decía: Con que, maldita, no quieres darme gusto, no quieres aborrecer á ese vil ni ser monja. Te has empeñado en llenar de amargura el corazón de este tu pobre padre. ¿Quieres abreviar mis días y dar conmigo en el sepulcro? Pues anda, hija ingrata y desconocida; no seas monja, no: pero así el cielo derrame sobre tí sus maldiciones: confun-